

Crítica de arte

LAS ÚLTIMAS EXPOSICIONES

Ignacio Baixas

En la Sala del Banco de Chile ha presentado sus acuarelas el pintor Ignacio Baixas.

Se trata de motivos de los campos y las costas sureñas de Chile que el pintor ha llevado a sus cartones con una pupila muy verídica y por ello, tal vez, su obra está escasa en elementos subjetivos. El señor Baixas recuerda por más de un motivo la pintura de otro artista español, Joaquín Sorolla. En realidad se puede considerar, en la acuarela, como discípulo suyo. En el óleo Baixas aparece menos afortunado pues sus obras son duras y abundan en defectos que un aprendiz eludiría.

Yo estimo que es en sus estampas a la acuarela en donde conviene estudiar a este pintor, porque cuando utiliza ese vehículo pictórico se mueve con mayor soltura y su virtuosismo técnico puede explayarse y contribuir en forma total al resultado que el pintor busca. Desde este concreto punto de vista, Ignacio Baixas ejecuta una obra muy personal.

Antes de entrar al estudio de esos resultados quisiera extenderme ligeramente sobre sus influencias posibles.

Baixas no es un pintor ni instintivo ni espontáneo. No conviene confundir la aparente facilidad y la obra terminada con los esfuerzos ocultos y con los tanteos que la han precedido. Nos encontramos frente a un artista que ha estudiado a

fondo la técnica de su arte, que la domina y cuyos secretos le han abierto sus puertas. No quiere ello decir que «cocine» en exceso su pintura. Ni Baixas llega a esos extremos, ni la acuarela se lo permitiría.

He hablado antes de Sorolla. El gran pintor levantino, temperamento ardoroso, vibrante y rico, hermano espiritual del novelista Blasco Ibáñez, fué el pintor de esa tierra llena de colorido sensual y ampuloso. Sorolla fué un enamorado de aquellos naranjales que hundían sus pies en el oscuro azul del mar. El verde sombrío y las manchas doradas de las naranjas constituían para el pintor, en aquel fondo de azules marinos, la apasionada sinfonía de sus telas.

Se ha dicho de Sorolla—como se ha repetido también de Baixas—que era un impresionista. En realidad el valenciano es un seguidor de Francisco Domingo. Habrá que insistir una vez más sobre la verdadera significación de la palabra impresionismo. El hecho de que una pintura esté pintada al aire libre, lejos de la angostura del taller, no quiere decir que responda a los cánones inflexibles de aquella escuela; Baixas, como todos los pintores actuales, suele llevar su caballete al campo. Apoya su arte en la observación directa de la naturaleza, pero su pintura es constructiva. Bajo el colorido vivaz y la medulación colorista de los complementarios, se adivina un dibujo impecable. Y es que Ignacio Baixas no renuncia al volumen, sobre todo en el óleo.

Esas obras pintadas al óleo y tan poco logradas, tienen, sin embargo, una honda significación. Veamos por qué.

En ellas se muestra Baixas seguidor de una serie de «maestros españoles que representaron la pintura oficial allá por los años de principios de siglo. Se trata de un arte naturalista, frío y sin personalidad, en donde brilla la hondura de un cromatismo casi velazqueño y el rigor del dibujo. Los nombres de Benedito, Alvarez de Sotomayor y López Mezquita, nos vienen a la memoria al evocar esa pintura.

Los óleos de Ignacio Baixas son posiblemente el espacio de transición entre la influencia de los maestros citados y sus acuarelas. La sobriedad que tomó de ellos deviene jovialidad en estos cartones. Su colorido se hace chispeante, sus grises se transparentan y la luminosidad entera del paisaje entra en estas estampas, conservando, no obstante, el rigor constructivo de aquellos pintores. Este es el valor de los cuadros al óleo que el pintor catalán coloca siempre entre el pimpante conjunto de sus acuarelas.

Se ha dicho que Baixas es un impresionista. Lo es en la medida en que puede serlo también Sorolla. Yo creo que no lo son ni el uno ni el otro. Porque aquí hay un volumen que no existe en aquella concepción pictórica. Las barcazas hinchan sus panzas y las velas se inflan al conjuro del modelado cromático. Baixas es un maestro en el manejo de los complementarios y puede considerarse por ello mismo como un impresionista a medias. Sin embargo, su paleta siente más preocupación por la verdad que por la brillantez y por la insinuación de las impresiones subjetivas. Su estatismo está reñido con esa escuela en donde el dinamismo y la luz adquieren categorías de factores plásticos principales.

Se ha dicho de él que pinta con una sensibilidad azoriana. No me parece cierto. Azorín se complace en la reiteración descriptiva de lo pequeño. Su prosa adquiere un ritmo coralino, enfermizo, a veces. Sus paisajes no son en definitiva otra cosa que su propia alma. Su espíritu parece volcarse al conjuro de los cielos transparentes y parece marchar con el lento fluir de las nubes. «Su arte—dice Ortega—se insinúa hasta aquel estrato profundo de nuestro ánimo donde habitan estas menudas emociones tornasoladas». La nostalgia, *leit motiv* y emoción mayor de su presa, no aparece jamás en la obra de Baixas, que está, por lo menos, tan alejado de la sensibilidad, como de lo solemne y majestuoso.

Los cartones de Baixas tienen una frialdad sin emoción.

Se limita el autor a reproducir lo que ven sus pupilas sin hacer ni una sola concesión a lo subjetivo.

Sus caballos, sus huasos, sus campos, están copiados con minuciosidad de traductor germano y sus conocimientos y su maestría en el dibujo le permiten dar esas visiones exactas de la vida que bulle alrededor del artista. De tal manera es esto cierto que nadie, ante ellas, y nosotros lo hemos comprobado, piensa en la pintura. Los contempladores se extasían y suelen dejar escapar su entusiasmo ante los rincones familiares de Puerto Montt, de Concón o de Panguipulli por el solo hecho de reconocerlos.

Yo me atrevería a afirmar que estos caballos están tan bien dibujados como los del francés Delacroix, pero ante la elección, ¿quién dudaría? Lo cual quiere decir que la subjetividad más absoluta no es lo que magnifica una obra de arte.

¿Es la pintura un arte de imitación? Si se aplica a la palabra imitación su valor absoluto, creo que no. Veamos un ejemplo aleccionador.

Durante el siglo XIX hubo una serie de pintores, Gérôme, Troyen, Meissonier, Detaille, Friant y Harpignies, de cuyos nombres, famosos entonces, hoy nadie se acuerda. Los Manet, los Cézanne, los Gauguin y los Van Gogh, que interpretan la naturaleza a través de sus temperamentos respectivos, son, precisamente, los nombres que llenan hoy de grandeza la historia del arte. Rodin decía a veces: «Copio la naturaleza con exactitud, en seguida exagero».

Y es que interpretar es liberarse de una esclavitud que la visión nos impone; es, en suma, sacrificar la superficie aparential de las cosas en busca de una más alta expresión artística.

Durero grabador

Firmado por Juan Zocchi, la Biblioteca Argentina de Arte acaba de publicar una monografía sobre la interesante figura de Alberto Durero, como grabador.